



## Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 146 – 8 de julio de 2016

## En este número

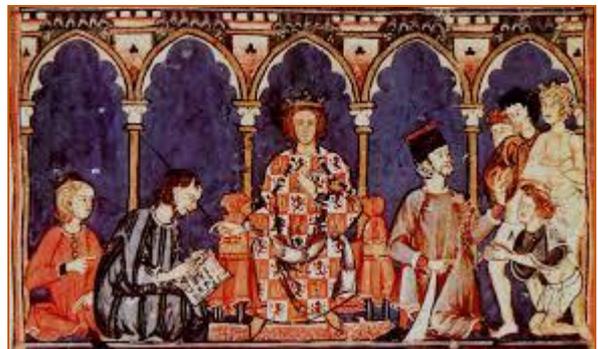
1. Por algo Alfonso X fue sabio, *Emilio Álvarez Frías*
2. El out, un paso atrás en la historia, *Manuel Parra Celaya*
3. El retorno de España, *Fernando García de Cortázar*
4. ¿Investidura cuanto antes?, *Felipe González Márquez*
5. La reforma agraria, *José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza*
6. Habrase visto, *Carlos Herrera*
7. Escrache a la democracia, *José María Carrascal*
8. Otra genialidad de Carmena en la ruta del progresismo, *PD*

## Por algo Alfonso X fue sabio

### Emilio Álvarez Frías

Estos últimos días han estado más tranquilos en cuestiones de la vida nacional, probablemente por la sorpresa de los partidos al no haber cosechado el número de votos y escaños que esperaban les iban a caer a juzgar por las encuestas que se manejaban, o quizá porque están desorientados pensando de qué lado ha soplado inesperadamente el viento, o probablemente porque tras el susto prefieren unos días de moderado silencio antes de salir a lanzar los dardos a que nos tienen acostumbrados, o acaso pensando la posibilidad de adoptar posturas más lógicas que las usadas hasta ahora. Esos días de reposo nos han permitido a todos relajarnos y cambiar de conversación para eludir la monotonía de machacar sobre lo mismo. Y en nuestras reflexiones hemos llegado a la conclusión de que las cosas son más sencillas de lo que parecen, y el quid de la cuestión está en que queramos verlas de ese modo. Ya nos lo da a entender Alfonso X el Sabio a través de una sentencia a él atribuida: «Si el Señor Todopoderoso me hubiera consultado antes de embarcarse en la Creación, le habría recomendado algo más simple». Esa es la cuestión, sin duda. Buscar la sencillez. Y si lo dice el rey Sabio, que fue capaz de redactar en su tiempo las *Siete Partidas* y las *Cantigas de Santa María*, habrá que tenerlo en cuenta.

Porque, nos preguntamos: ¿es tan difícil el ejercicio de la política? A primera vista hay que asegurar que sí, efectivamente, es complicado, pues resulta preciso atender lo que desea cada uno de los mortales que están bajo la férula de quienes ejercen la potestad de dirigir los destinos de la comunidad en cada momento, teniendo en cuenta lo que opinan los que están en lugares diferentes. Pero, con terquedad, insistimos: ¿es que no se pueden simplificar las cosas? Habrá que decir, seguramente, que es algo que se sale de nuestra propia voluntad, que entre unos y otros nos empeñamos en ir complicando las cosas,



imposibilitando con ello los acuerdos, y alejándonos cada vez más por la cazarreza en la que nos encerramos.

Resultaría un despropósito plantear la gobernabilidad como una cosa simple y sencilla. De ningún modo podemos caer en esa memez. Pero sí podemos asegurar que si los asentados en un mismo lugar hacemos el firme propósito de acercar a un común los planteamientos de cada quien; si dejamos de querer imponer nuestras ideas, y echamos todos a andar hacia adelante por un mismo camino, aunque sea por diferente rodada, las cosas irían mejor.

Porque, he ahí la cuestión: ¿qué queremos, que el país crezca, que la sociedad madure y consiga nuevas metas, que la paz reine entre todos que es la mejor forma de poder avanzar sin tropezar? ¿O pretendemos implantar nuestra ideología, llevar el país por confusos y maltrechos caminos, dar todo el poder al partido, machacar al otro? En el primer caso haremos patria, crearemos una nación fuerte e independiente, será realidad la libertad de los individuos, y surgirá espontáneamente una democracia fresca. En el segundo ocurrirá todo lo contrario: estaremos hipotecados por las ideas que no nos permitirán la libertad si no nos sometemos a ellas, desaparecerá el sentido de patria, los partidos actuarán como órganos de opresión en vez de lugares de reunión en los que aunar esfuerzos, y la democracia será un mito dado que no ha lugar cultivar la libertad para ejercer la voluntad individual.

Esto es lo que recomendaríamos a los entes que han de llegar a acuerdos para poder arribar con éxito a la sesión de investidura de Presidente de Gobierno de la nación. Seguir con las macumbas que han sonado durante los últimos siete meses es perder el tiempo, es retroceder en conseguir metas que permitan ir haciendo el futuro, y es crear barreras entre los españoles, cosa que hemos de deplorar lastimosamente.



Para salir esta tarde a dar una vuelta por el viejo Madrid, lleno de turistas de los más diversos países del mundo, y madrileños que no aguantan el calor de la casa además de ansiar aprovechar todas las horas del largo día veraniego, me he provisto de una botija –similar a una cantimplora– de Tito, el célebre alfarero de Úbeda, internacionalmente conocido, quien, jugando con el óxido de cobre, retoza con los verdes para sacar piezas admirables.

## El out, un paso atrás en la historia

---

### Manuel Parra Celaya

**T**odos sabemos que una constante británica ha sido impedir que ninguna nación del Continente –ese que quedaba *aislado* cuando se imponía la niebla en el Canal de la Mancha– alzara la cabeza un palmo por encima de su Imperio; eso ha venido ocurriendo desde antiguo, y España, Francia y Alemania pueden dar, sucesivamente, fe de ello. Pero también se han venido dando otras constantes, igualmente lamentables, entre europeos continentales, como la manía de franceses y alemanes de zurrarse periódicamente, y esas han sido felizmente superadas.

El referéndum a favor del *brexit* ha mostrado, de forma inequívoca, las profundas divisiones en la sociedad británica –territoriales, sociales, económicas y generacionales–, pero no distintas ni de más calado que las que se mantienen en otras naciones de la Unión Europea; también se ha puesto de manifiesto la casi paridad de opiniones entre el *in* y el *out*, pero igualmente sucede esto más acá de Calais; las unanimidades siempre son sospechosas, máxime en épocas de construcción de algo nuevo y sugerente, de *poiesis*, en su sentido etimológico de *creación*, y la tendencia actual hacia una Europa unida puede calificarse, todo lo paradójicamente que se quiera, como una búsqueda de una *poesía que promete*, armonizadora, frente a la *poesía que*

*destruye*, que es la de los nacionalismos de toda laya. Y aquí no está de más recordar la frase de nuestro Eugenio d'Ors: «*Todo nacionalismo es, en el fondo, un separatismo; la extensión no importa*».

Porque el señor Cameron ha estado empeñado, y lo ha conseguido, en abrir la caja de Pandora de los nacionalismos; ya se ha encontrado con la respuesta en Escocia, Irlanda y en el mismo Londres, pero, además, ha llenado de expectativas a los euroescépticos de todas las naciones y a todos los aberrantes nacionalismos identitarios y secesionistas dentro de estas. No se había enterado, al parecer, de que las grandes fundaciones de la historia nunca han respondido al *un hombre, un voto*, pues de lo contrario aún serían los clanes familiares y las tribus los modos permanentemente inestables de convivencia entre los grupos humanos.

La humanidad tiende, como ley inexorable, hacia la formación de unidades cada vez más amplias; esta es la fuerza progresista, mientras que los retrocesos en esta tendencia unitaria han representado la fuerza reaccionaria. Los dos vectores siempre están a la greña. La consecución del Estado-Nación –y no olvidemos que España fue la primera en este logro– fue un avance excelente en la historia, pero, en nuestros días, casi todos coincidimos en que sus posibilidades están a punto de agotarse, como lo estuvieron, en la Baja Edad Media, los reinos de carácter patrimonial. Además, las tendencias unitarias siempre vienen espoleadas por la existencia de un enemigo externo y común, y no hace falta discurrir mucho para advertir que ese adversario, hoy en día, amenaza con su piqueta lo mismo a la Abadía de Westminster y el té de las cinco que a la Catedral de Milán o al Museo del Prado.

La espiral abierta de la historia –nunca una circunferencia cerrada en sí misma– funciona a base de la concepción de *unidades de destino*, no de homogeneidades raciales, lingüísticas o costumbristas; y esa espiral se vislumbraba, acaso lejanamente, en el horizonte y el sueño de una Europa de todos y para todos; claro que, para continuar su diseño prometedor, no bastaba la economía neoliberal, la moneda única y la cicatería de Bruselas, sino que debía tener, como

fundamentos axiológicos una Cultura –Clasicismo y Cristianismo como bases– y un proyecto sugestivo de vida y proyección en el resto del mundo. Nadie pedía a los británicos que dejaran de serlo, como nadie pedirá nunca a los españoles que se olviden de España; pero al igual que nuestra patria se justificó por tener una visión de universalidad, es Europa ahora la expectativa de esos aires nuevos, con o sin la revisión y superación del Tratado de Lisboa como paso intermedio e imperfecto.



No, no han sido consecuentes los votantes a favor del *brexit* con la concepción clásica del patriotismo inglés, ese tan admirado por José Antonio Primo

de Rivera. Han confundido los términos y elegido, simplemente, el camino de un nacionalismo, tan estrecho de mitas como todos.

A pesar del permanente litigio sobre Gibraltar, uno no es anglófono en absoluto; quizás por aquella admiración mencionada por lo clásico, quizás por sus lecturas juveniles de Richmal Chrompton, Chesterton, Agatha Christie o Kipling... Creo que se han equivocado en la elección, empezando por el *premier* dimisionario e imprudente; creo que se equivoca aquella teoría que pone en juego los conceptos permanentes de razón a tomas de decisión de mayorías o minorías.

Como español y, por tanto, como europeo, deseo de todo corazón que rectifiquen los británicos y encuentren su papel en una Europa, también rectificada convenientemente en su camino de unidad.

Fernando García de Cortázar

**D**urante la mayor parte de los años de la democracia instaurada en 1978, España ha quedado fuera de las confrontaciones electorales. No quiero decir con ello que no se haya hablado del país ni de sus ciudadanos, naturalmente. Pero lo que se mantuvo en silencio en sucesivas pugnas por obtener el apoyo de los votantes fue el concepto mismo de España. Quizás porque se daba por zanjada una querrela que arrancaba de la honda crisis del 98 y se mantuvo en tensión hasta el acuerdo fundamental de nuestra vigente Constitución. Quizás, también, porque se prefirió dejar el asunto a medio hacer, en un murmullo subterráneo, en el que las aguas de la

radical problemática de España continuaban fluyendo sin ser vistas, a la espera de que un nuevo ciclo de quiebra de la convivencia las sacara a la luz.

Buena prueba de esta manera de esquivar una cuestión no resuelta fue la frecuencia con que, al hablar de España, se utilizaban términos que, en realidad, significan otra cosa. Por ejemplo, se aludía a la sociedad española, no atreviéndose el lenguaje a entrar en palabras más precisas y columpiándose en la inocencia superficial de una expresión despreocupada. O se rebajaba la perspectiva para referirse al país, una palabra que además provocaba jocosas confusiones en el

mundo del periodismo desde 1976. O, en el más malintencionado y ridículo procedimiento para no ofender a nadie y conseguir ofender a la mayoría, se consagraba el uso del «Estado español». Lo que cualquier persona sensata entendería como referencia a las instituciones pasó a sustituir la, al parecer, insultante alusión a España.

Algunos hemos ido mostrando nuestra perplejidad e irritación ante el hecho de que, elección tras elección, se aceptara ese retroceso del lenguaje y no supiéramos de qué estábamos hablando, o permitiéramos que el tramposo dialectismo político vedara el uso normalizado de España y,

sobre todo, de la nación y la patria españolas. Mientras la torpeza de los gobernantes inventaba juegos de manos grotescos para evitar la referencia a la nación o a la patria, la insolencia del secesionismo multiplicaba los panes y los peces de naciones de pleno derecho y orgullosa exhibición simbólica y emocional, a costa siempre de la única realidad nacional existente, corroborada por una historia centenaria y una voluntad política ininterrumpida.

Ha sido necesaria la llegada de esta crisis abrumadora, para que España vuelva a aparecer en las polémicas más duras, para que nuestra nación e incluso el patriotismo regresen a las mesas de debate. Ha sido preciso que estemos al borde del abismo para que la necesidad de una idea de España nos haya puesto en el sitio del que tantas naciones de Occidente nunca se habían movido. Una conciencia soberana, un sentido de pertenencia a una comunidad, una perspectiva nacional completa es lo que permite a los ciudadanos adquirir su verdadera estatura de pueblos seguros de sí mismos, de personas que solo pueden entender su existencia social afirmando aquello que les singulariza y aquella peculiaridad con la que ingresaron en un orden de civilización del que siempre hemos formado parte. Ahora, a un lado y otro del tablero político, volvemos a oír hablar de España. De la necesidad de hacerse con una idea de España, de la urgencia de empuñar un proyecto que nos anime a constituirnos en verdadera nación.

En esta hora en que España es nombrada de nuevo; en este tiempo oportuno para considerar en qué consiste esta nación cuyo perfil ha sido degradado, conviene anotar qué debe entenderse



por patriotismo. La primera de las afirmaciones a realizar es la vigencia de España como nación frente a quienes la han llegado a considerar un mero caparazón institucional, creado por la política expansiva de una monarquía castellana que ha mantenido a pueblos enteros bajo la tiranía de una potencia ajena. España lo es, más allá de los indudables excesos mesetarios de un casticismo anacrónico, porque constituye un largo proceso de integración de territorios y personas impulsadas a construir una sola nación, una nación entera, diversa y consciente del patrimonio de su pluralidad. Desde el inicio de la modernidad, no hay momento histórico que pueda entenderse sin la participación de todas las regiones en la lenta e indeclinable formación de una nación negada ahora por el fanatismo particularista de unos o la soberbia centralista de otros.

España no es solo un sistema de garantías constitucionales. España es el sujeto del que brota nuestro orden político de convivencia. Aludir a la ley cuando otros apelan a lo más profundo de la maduración histórica de una nación ha sido una forma penosa de ofrecer a los impugnadores de España la mayor coartada para sus delirios. España no se defiende mencionando tal o cual artículo de la Constitución. Eso sirve para canalizar situaciones de conflicto, no para establecer el origen mismo de nuestra existencia nacional. Cuando España se constituyó como Estado social y democrático de derecho, en 1978, no hizo más que cobrar forma institucional y tender una red de garantías legales y de aspiraciones a realizar. Pero era España la que tomaba esa decisión, una España anterior, una España ya viva, una España que solo pudo configurarse de ese modo en el orden político porque estaba presente en la marcha de la historia.



Por otro lado, la defensa de la unidad española no debe distanciarse de la cohesión de los españoles. No existe nación donde no hay libertad, decían los liberales del siglo XIX. No hay nación donde no existe justicia, proclamó el pensamiento del siglo XX. La unidad de España no es solo la territorial, sino la que se define por la dignidad de sus ciudadanos, evitando las situaciones de diversidad radical de recursos económicos. No hay nación donde la miseria de unos se acompaña de la opulencia de otros. No puede haber unidad en una patria escindida por abismos sociales que desfiguran el sentido mismo de una declaración general de derechos y, todavía más, el significado de una idea ambiciosa de tradición y destino común de los españoles.

Y, por último, la nación solamente puede existir asumiendo aquellos valores que la han dotado de signos de identificación precisos. Valores compartidos con los que se ha construido Occidente, basados en la herencia del mundo clásico, del cristianismo y de la Ilustración. Pero valores a los que, además, España dio un sentido propio en su deseo de preservar la unidad moral de Europa, de salvar el proyecto libre del hombre, de proteger sus derechos naturales y de garantizar sus espacios de realización en la vida colectiva. En esa triple identificación, la unidad histórica frente a la impugnación secesionista; la unidad social frente a la explotación de los humildes; la unidad de valores frente al relativismo y el vacío moral de nuestro tiempo, la idea de España reluce de nuevo en estas jornadas de discusión electoral. No es casual que políticos de tan diversa orientación hayan notado esa tremenda ausencia que a todos nos debilitaba. Se trata ahora de encauzar lo que es mera intuición o caprichoso oportunismo en la verdadera reconstrucción de una conciencia nacional. En la invulnerable afirmación de una esperanza.

Tomado de *ABC*

## ¿Iniciativa cuanto antes?

### Felipe González Márquez

Felipe González fue presidente del Gobierno de España de 1982 a 1996.

**E**n *Crónica de una muerte anunciada*, García Márquez empieza contándonos el final, el homicidio de Santiago Nasar. Conocido el desenlace, lo común sería que perdiera interés el relato. El genio de Gabo nos lleva a perseguir con el máximo interés la trama que conduce a este final anunciado.

Tras las elecciones del 26 de junio, todos los responsables políticos parecen coincidir en el final: no puede haber unas terceras elecciones. Esto nos llevaría a la conclusión de que tiene que haber iniciativa y, como consecuencia, nuevo Gobierno.

Como ya hemos perdido ocho meses en esta extraña situación de interinidad, también parece lógico pensar que cuanto antes se llegue al final, mejor será para todos o, al menos, menos costoso. Por eso, esta reflexión comienza con un punto de interrogación que pretende llevar a una respuesta positiva y rápida.

El mínimo esperable sería llegar a la iniciativa de un nuevo presidente de Gobierno y, tal vez, sería deseable que de esta iniciativa saliera un Gobierno capaz de tomar decisiones inaplazables como unos Presupuestos condicionados por los compromisos con Bruselas.

El hecho de que se supere la iniciativa no significa que el Gobierno que se forme esté en condiciones de responder a las necesidades básicas que tiene España a nivel interno y en su relación con Europa.

No es imaginable que se repita lo que vivimos tras el 20 de diciembre, menos ahora que el PP ha obtenido 14 diputados más que la vez anterior y la alternativa se hace poco menos que imposible.

Rajoy, al que suponemos candidato del grupo popular a la iniciativa, pese a las palabras de la noche electoral sobre el discurso más difícil de su vida, tiene la obligación ineludible de ponerse a trabajar en serio. O sea, tiene que salir definitiva e irreversiblemente del «modo reposo» porque la táctica de esperar y ver, posterior al 20 de diciembre, se agotó y los resultados no deben confundirlo.



Es él el que tiene que proponer a las fuerzas políticas las bases fundamentales de su programa de gobierno. Es él el que tiene que intentar un acuerdo con los más próximos o menos incompatibles, incluyendo las cesiones que todo pacto comporta.

Seguro que ya sabe las exigencias de Bruselas y no puede decidir sin compartir este tema con los interlocutores para la iniciativa. Ahora es heredero de sí mismo y deberá explicar si mantiene su promesa de no seguir con los recortes y bajar los impuestos.

Es bastante absurdo el debate sobre cómo se van a pronunciar el Partido Socialista o Ciudadanos o los demás si no se sabe sobre qué hay que hacer este pronunciamiento.

No se trata ahora de preguntarse por el resultado electoral, sino de aceptarlo democráticamente y asumir el lugar en el que cada uno ha quedado. Pero si Rajoy se siente avalado para repetir la jugada, el resultado -y su responsabilidad- pueden situarnos en una crisis más peligrosa que la actual.

Como la intención de esta reflexión no es buscar explicaciones de por qué y cómo han votado los ciudadanos, sino respetar esa decisión y sacar las consecuencias lógicas para los intereses de

España, es necesario reiterar las responsabilidades que incumben al presidente del PP para conseguir que se produzca pronto una investidura y, si está en condiciones de hacerlo, un Gobierno capaz de tomar decisiones.

La cuestión territorial; la dignificación del trabajo; el sistema de pensiones; el modelo educativo; la regeneración democrática; la política europea, incluidas las respuestas al *Brexit*, a los errores del austericidio o los refugiados, deberían ser puestas sobre la mesa por el candidato.

Sin duda, esta nueva etapa nos llevará a un papel mucho más relevante de la representación del Parlamento y esto significará que sea cual sea el resultado de las negociaciones para investidura y Gobierno este tendrá que estar mucho más atento a sus obligaciones de control permanente del Parlamento y a la necesidad de un diálogo constante para los procesos legislativos.

Es positivo que se ofrezca diálogo a todos los grupos, aunque se tenga clara conciencia de que algunos de ellos son incompatibles en temas medulares para la gobernanza. Pero del diálogo hay que pasar al pacto, lo que exige renuncias y esfuerzos de aproximación a los grupos que se crean más compatibles para pasar la investidura y para hacer un Gobierno.

Y si esa exploración es exitosa, llevaría a una investidura apoyada por 169 diputados o 170, si se tratara de PP, Ciudadanos y CC en cualquiera de las formulaciones posibles.

Más de la mitad del periodo democrático ha sido gobernada por Gobiernos minoritarios, con apoyos parlamentarios externos o con acuerdos de geometría variable.

Naturalmente, es difícil la decisión para un grupo político como Ciudadanos, pero no como se dice, por su resultado electoral, sino por su propia concepción de temas tan importantes como la regeneración democrática o el sistema electoral, por no citar más que un par de ejemplos. La paradoja es que sus diputados actuales son más decisivos que los del 20 de diciembre. Pero es el PP el que tiene que moverse sin pretender contratos de adhesión.



Otra cosa es la consideración que se hace respecto del Partido Socialista. Es paradójico que cada día lo insulten desde las filas del PP y, al mismo tiempo, traten de cargarle la responsabilidad máxima sobre la posibilidad de formar Gobierno.

Los ciudadanos podrán entender que, a estas alturas de mi vida, se haya reafirmado en mi pensamiento la prioridad de los intereses generales de España y sus ciudadanos sobre cualquier otra. Y es precisamente esto lo que me lleva a pensar que el Partido Socialista ni puede ni debe entrar en coalición con el PP.

Debe ocupar su sitio en una oposición responsable. Lo cual significa al mismo tiempo exigente y dialogante. Siempre lo ha hecho en asuntos de Estado, incluso asumiendo el protagonismo de pactos concretos como la lucha contra el terrorismo. Pero también tiene que ocuparse de reconstruir su propio proyecto como alternativa al PP con vocación de mayoría.

En esta situación, la solución de que haya una investidura para España, teniendo en cuenta que no hay mayoría alternativa coherente para hacerlo, pasa por un Gobierno del PP o encabezado por el PP.

O sea, en mi opinión, el Partido Socialista tiene que aceptar el diálogo que le ofrece el candidato del PP, aun dejando claro que no tiene intención de formar parte de una coalición con el mismo. Como ya dije hace unos meses, reitero mi opinión negativa a lo que llaman *gran coalición* al mismo tiempo que afirmo la responsabilidad de las fuerzas políticas: si no pueden formar

Gobierno, tampoco pueden obstaculizar que este Gobierno se forme.

El resultado del 26-J coloca al Partido Socialista ante esa responsabilidad. Excluyendo la coalición y el apoyo al Partido Popular en la investidura, en caso de necesidad, no debe ser un obstáculo para que haya un Gobierno minoritario.

Conviene advertir que el Partido Socialista solo puede fijar posición sobre propuestas concretas. Si pretende que las fije sobre el programa electoral del PP, ya deben conocer su oposición.

El título de esta reflexión me lleva a una conclusión complementaria. Al margen de que tengamos que corregir esta situación de espera excesiva para la constitución de las Cortes, los resultados son tan inamovibles como reconocidos por todos, y esto permite que se trabaje seriamente sin tener que esperar a la constitución del Parlamento. Deberíamos decir que ya llevamos 10 días de retraso y preguntarnos cuál es la razón de que Rajoy haya tardado tanto en ponerse en marcha y esté avanzando tan lentamente. Después de la constitución del Parlamento, las consultas deberían llevar a una propuesta de candidato por parte del jefe del Estado para que se cerrara este confuso capítulo de la democracia española cuanto antes. Por eso, la pregunta me lleva a una respuesta afirmativa y a mi juicio necesaria, puede y debe haber investidura antes que acabe el mes de julio, o en los primeros días de agosto.

Tomado de *El País*

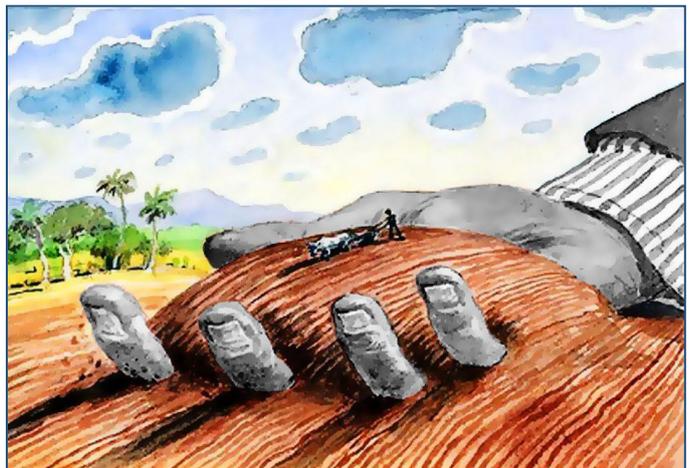
## La reforma agraria

José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

El mes pasado, el diario *El Mundo* publicaba un largo reportaje a un hombre que se presentaba con orgullo como el primer jornalero que a los pocos días obtuvo el acta de diputado por Jaén en las pasadas elecciones dentro de la candidatura de *Unidos Podemos*. Este hombre es Diego Cañamero a quien el citado periódico le destaca, en primer lugar y a cuatro columnas, la siguiente frase: «Si yo fuera ministro de Agricultura, expropiaría tierras». Al mismo tiempo habla de la Reforma Agraria, aquella reforma que el comunista José Antonio Balbontín admitió que la de José Antonio Primo de Rivera era más radical que la suya. El también comunista José María Laso Prieto tomó estas mismas palabras en un artículo que publicó, año 2007, en la revista *Altar Mayor*, incluso admitiendo que era más avanzada que la del PCE. Pero claro, todas estas cosas no las saben los plumillas de turno y si las saben no las dicen.

José Antonio habló de los abusos del gran capital financiero, de los especuladores y de los prestamistas, pidiendo al final la nacionalización de la Banca. Lo recordó la escritora y jurista Mercedes Formica cuando dijo que el fundador de Falange «fue, rechazado y ridiculizado por su propia clase social, que nunca le perdonó sus constantes referencias a la injusticia, el analfabetismo, la falta de cultura, las viviendas miserables, el hambre endémico de las zonas rurales, sin más recurso que el trabajo de temporada y la urgencia y necesidad de la reforma agraria». En su intervención parlamentaria en el debate sobre la reforma de la Ley de Reforma Agraria, del 23 de julio de 1935, el fundador de Falange comenzó diciendo:

¿Hace falta o no hace falta una Reforma agraria en España? Si en España no hace falta una Reforma agraria, si alguno de vosotros opina que no hace falta, tened el valor de decirlo y presentad un



proyecto de ley, como decía el señor Del Río, que diga: «Artículo único. Queda derogada la ley de 15 de septiembre de 1932». Ahora, ¿hay alguno entre vosotros, en ningún banco, que se haya asomado a las tierras de España y crea que no hace falta una Reforma agraria? Porque no es preciso invocar ninguna generalidad demagógica para esto; la vida rural española es absolutamente intolerable. Prefiero no hacer ningún párrafo; os voy a contar dos hechos escuetos. Ayer he estado en la provincia de Sevilla: en la provincia de Sevilla hay un pueblo que se llama Vadolatos; en este sitio salen a las tres de la madrugada las mujeres para recoger los garbanzos; terminan la tarea al mediodía, después de una jornada de nueve horas, que no puede prolongarse por razones técnicas, y a estas mujeres se les paga una peseta.

Otro caso de otro estilo. En la provincia de Ávila –esto lo debe saber el señor ministro de



Agricultura– hay un pueblo que se llama Narros del Puerto. Este pueblo pertenece a una señora que lo compró en algo así como ochenta mil pesetas. Debíó de tratarse de algún coto redondo de antigua propiedad señorial. Aquella señora es propietaria de cada centímetro cuadrado del suelo; de manera que la iglesia, el cementerio, la escuela, las casas de todos los que viven en el pueblo, están, parece, edificados sobre terrenos de la señora. Por consiguiente, –ni un solo vecino tiene derecho a colocar los pies sobre la parte de tierra necesaria para sustentarle, si no es por una concesión de esta señora propietaria. Esta señora tiene arrendadas todas las casas a los vecinos que las pueblan, y en el contrato de arrendamiento, que tiene un número

infinito de cláusulas, y del que tengo copia, que puedo entregar a las Cortes, se establecen no ya todas las causas de desahucio que incluye el Código Civil, no ya todas las causas de desahucio que haya podido imaginarse, sino incluso motivos de desahucio por razones como ésta: «La dueña podrá desahuciar a los colonos que fuesen mal hablados». Es decir, que ya no sólo entran en vigor todas aquellas razones de tipo económico que funcionan en el régimen de arrendamientos, sino que la propietaria de este término, donde nadie puede vivir y de donde ser desahuciado equivale a tener que lanzarse a emigrar por los campos, porque no hay decímetro cuadrado de tierra que no pertenezca a la señora, se instituye en tutora de todos los vecinos, con esas facultades extraordinarias, facultades extraordinarias que yo dudo mucho de que existieran cuando regía un sistema señorial de la propiedad.

Pues bien: esto, que en una excursión de cien kilómetros se encuentra repetido por todas las tierras de España, nos convence, creo yo que nos convence a todos, de que en España se necesita una Reforma agraria. Ahora, entiendo que, evidentemente, la Reforma agraria es algo más extenso que ir a la parcelación, a la división de los latifundios, a la agregación de los minifundios. La Reforma agraria es una cosa mucho más grande, mucho más ambiciosa, mucho más completa; es una empresa atrayente y magnífica, que probablemente sólo se puede realizar en coyunturas revolucionarias, y que fue una de las empresas que vosotros desperdiciasteis a vuestro tiempo.

José Antonio siguió con su discurso que recomiendo a todos los que estén interesados en saber lo que dijo, lean sus *Obras Completas*, sin olvidar a Diego Cañamero, quien, con toda certeza, quedará muy sorprendido de las palabras del fundador de Falange.

---

## Habrase visto

### Carlos Herrera

**N**o sé si cabe un análisis más. El domingo pasado queda muy lejos y un cierto hartazgo planea sobre nuestras cabezas como un murciélago impertinente. Pero cuesta resistirse cuando se comprueba que algunos siguen sin leer debidamente el resultado que nadie esperaba, ni siquiera los agraciados. Siguen encerrados en Unidos Podemos con el fin de saber qué extraña razón ha hecho que los españoles no les hagan el pasillo camino al asalto de los cielos y transformen su nombre en Unidos Perdemos. Hasta ahora todo son excusas de autoengaño. La

coalición puede haber evitado un sonrojo notable, es decir, sueltos cada uno habrían obtenido peor resultado, aunque en eso no se ponga nadie de acuerdo. Podemos y su apósito no han alcanzado su objetivo porque la gente, esa a la que apelan tanto, siente algunas inquietudes una vez va conociendo el paño: después de ver las mamarrachadas que «implementan» en sus respectivos ayuntamientos, no es descartable que una parte de aquellos que estaban dispuestos a divertirse votando a radicales amansados se lo pensarán dos veces. Puede que sea verdad el razonamiento errejoniano: hay que ser transversal y no vender la marca de la izquierda radical al estilo frente popular, y eso no se consigue disimulando ser comunista y haciéndose pasar por socialdemócrata, se consigue ofreciendo un programa que no asuste a clases medias y a juventud emergente que campan por ahí demandando originalidad, sí, pero también seguridad. Y eso no se lo da un comunista. Además de que el personal no quiere ser británico de los de después del viernes pasado y vivir en un ay. En el PSOE, amortiguan su pérdida de escaños con el hecho de que el que les iba a sobrepasar aún no ha conseguido cerrar la boca por la sorpresa de quedarse como estaba, y gracias. Y dicen las mismas cosas que decían antes del domingo, que si compañeros y compañeras, que si los recortes, que si el sufrimiento que impuso Rajoy, que si nunca permitirá un gobierno de la derecha ni por H ni por B, que si tal que si cual, pero la autocritica acerca de los pasos dados brilla por su ausencia. Como brilla también en la casa de quienes siguen insistiendo en que con Rajoy nada de nada: Ciudadanos ha mantenido porcentaje, más o menos, pero ha perdido escaños y eso puede pasar cuando no creces. ¿Y por qué no ha crecido?: no porque los españoles sean unos ignorantes que no saben apreciar el buen paño, sino por saberlos maniobreros en momentos puntuales. A Ciudadanos hay que agradecerle muchas cosas, pero también reprocharle criterios dispares en función del partido a quien permiten gobernar. Los que votan C's no parecen entusiasmados con que su voto sirva para hacer presidente a Pedro Sánchez, vengo a decir.



Y el PP... ¡Acabáramos! Gana con 137 diputados y mayoría absoluta en el Senado y tiene la desfachatez de pretender gobernar. En compañía de otros, se entiende, porque solo no llega ni a la Purísima. Los otros, como es sabido, empiezan por hacerse la ofendida. Ya veremos cómo acabarán. El PSOE dice que a ellos les han elegido para ser oposición y que no le van a dejar la merienda a los chicos de Iglesias, y Rivera, con cara de malas pulgas, muy cabreado, insiste en mesas tripartitas y en relevar a Rajoy porque le envió un SMS a Bárcenas. En la anterior intentona legislativa, le decían a Rajoy, que había ganado, que apoyara la investidura de Sánchez para relevarle y deshacer todo lo que él hizo. Ahora, que sigue pretendiendo gobernar, no sé qué le acabarán diciendo, pero, como no anden listos, en unas terceras elecciones los borra de mapa. Desde luego, cómo es la gente. Ganar unas elecciones y querer formar gobierno. Habrase visto.

Tomado de [ABC](#)

---

## Escrache a la democracia

José María Carrascal

**Q**ue los españoles no somos expertos en democracia salta a la vista. Que los ingleses empiecen a no serlo es una auténtica bomba que confirma los profundos cambios que se están produciendo en el mundo. Ver a docenas de miles de personas manifestarse en Londres contra el resultado del referéndum sobre el Brexit, pedir su anulación y exigir que se repita resulta tan sorprendente como un pingüino en el Sahara. Si de algo podían presumir los ingleses era de tradición democrática, que empieza por el respeto a las urnas. Pero el mismo pueblo que aceptó

sin la menor queja enviar a casa al hombre que había ganado la Segunda Guerra Mundial y le había salvado de Hitler se ha echado a la calle contra la decisión de salir de la Unión Europea, mientras la líder escocesa negocia en Bruselas quedarse por su cuenta. ¿Dónde ha quedado el respeto a la voluntad de la mayoría?

Es verdad que las grandes crisis económicas siempre han traído desprestigio de la democracia – la de 1929, nada menos que el auge de los fascismos–, con la aparición de personajes mesiánicos, que prometen solucionar problemas muy complejos con remedios muy simples. Esta de 2008 nos ha traído populismos de izquierda y derecha, montados en fórmulas del ayer para afrontar los retos del mañana. Y la gente lo compra porque está muy cabreada, aparte de sentir unas ganas enormes de abofetear a quienes les han conducido hasta aquí. Sin darse cuenta de que las bofetadas se las dan a sí mismos, pues no hay fórmulas milagrosas ni soluciones fáciles. Los políticos que nos gobiernan los hemos elegido nosotros, como el Brexit ha sido refrendado por un referéndum. Ocurriría lo mismo con las consultas que quieren celebrar en Cataluña, que iban a crear más problemas que los que solucionaban.

La crisis es universal. Ahí tienen a Trump encandilando a los norteamericanos con el señuelo de que quiere «restaurar la grandeza de Estados Unidos», y a Putin, la de Rusia. Ahí tienen a la extrema derecha renunciando al proyecto europeo más ambicioso de la historia y a la extrema izquierda resucitando al proyecto más fracasado de la misma, el comunismo. Todos ellos tienen algo en común: la violación de las normas, el desprecio de la democracia, el olvido de que es la menos mala de las formas de gobierno, la única que ha traído paz y desarrollo de los pueblos. Pero esos pueblos parecen no tener memoria. Las razones son varias, aunque destacaría una: hemos perdido el sentido de lo colectivo. El avance del yo en las últimas décadas ha sido tan avasallador que nadie piensa en la comunidad, lo único que importa es la «realización» personal. Y así no hay salvación para nadie, individual o colectiva. Hemos avanzado tanto que nos hemos perdido de vista unos a otros, como esas astronaves que, cuando superan los límites del sistema solar, se pierden en el silencio y vacío.

Tomado de *ABC*



Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es).

## Otra genialidad de Carmena en la ruta del progresismo

### Periodista Digital

La propuesta de celebrar el «día sin bañador» o el día con «bañador opcional» en las piscinas municipales, hecha por la Asociación para el Desarrollo del Naturismo (ADN) de la Comunidad, ha sido trasladada por la Dirección General de Deportes a los distritos de la ciudad de Madrid.

La sugerencia, que pretende normalizar la práctica naturista, ha sido difundida por la portavoz del Partido Popular en el Ayuntamiento, Esperanza Aguirre, que la ha calificado de «la ocurrencia de hoy» durante el debate sobre el estado de la ciudad.



El PP se ha referido a un correo electrónico enviado por la Dirección General de Deportes a los distritos, que incluía la propuesta de los naturistas madrileños, con la que Aguirre ha ironizado

indicando que no cree que el Consistorio tenga el «valor» «de instaurar el día sin velo para las mujeres musulmanas».

Según ha explicado la concejala de Cultura y Deportes, Celia Mayer en la rueda de prensa posterior a la celebración del debate, «la Dirección General de Deportes tramita la propuesta ciudadana y está a la espera de que responda la piscina».



Desde el Consistorio han explicado que este evento se ha realizado en más ocasiones, como el año pasado en la piscina de la Casa de Campo o en 2010 en la piscina municipal del Cagigal (Moncloa).

El director general de Deportes, Francisco Javier Odriozola, ha explicado en declaraciones que la Dirección ha trasladado esta propuesta a los distritos para que «decidan si la acogen o no» porque de ellos

depende la competencia de las instalaciones deportivas municipales.

Según Odriozola, desde el envío del correo, el pasado 30 de junio, hasta la fecha sólo ha contestado un distrito, el de Puente de Vallecas, que ha considerado que «el perfil de los usuarios no aconseja autorizar el día sin bañador».

### «Sin molestar a nadie»

Esta idea del "día sin bañador" ha partido de la Asociación para el Desarrollo Naturista de la Comunidad de Madrid (ADN), cuyo presidente, Ismael Rodrigo, ha explicado a Efe que el objetivo es «normalizar la desnudez en piscinas como lo está en la mayoría de las playas y sin molestar a nadie».

Desde hace diez años, se suele celebrar el «día sin bañador» el tercer domingo de julio, que según ha recalcado Rodrigo, pretende ser «de carácter educativo» y transmitir valores positivos sobre el cuerpo humano, algo que, a su juicio, «encaja en Occidente»

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

**ES23.0019.0050.0140.1010.8382**

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.